

## Homilía

23.4.2017

Queridos todos:

Muchas veces nos olvidamos de que en el Evangelio no hay sólo ocho bienaventuranzas, hay nueve. La última la hemos escuchada proclamada hoy, en las postrimerías del Evangelio de Juan: “Bienaventurados los que crean sin haber visto”. Es la bienaventuranza de la *fe*.

Sabemos los detalles del contexto en que el Señor pronuncia esa bienaventuranza. La dice en un espacio de crisis dramática de fe: en un espacio subversivo y cerrado, copado por el pánico, lleno de desolación y desconcierto, con aires de fuga y defección. Fuera de las puertas herméticas que resguardaban aquel espacio, aparentemente la desesperanza inveterada de los poderosos de este mundo había triunfado. Lo de Jesús de Nazaret tenía toda la pinta de ser una quimera revolucionaria más. En otras palabras, en términos de nuestro Encuentro de Provincia, las fronteras seguían siendo lo que son: infranqueables y demasiado abismales; a Dios no se estaba dispuesto a escucharlo y se le iba a manipular como hasta ahora; y los caminos que abría el Evangelio para reconocer nuestra identidad más profunda estaban desahuciados hasta nuevo aviso.

El Resucitado decide entrar en ese espacio tan inhóspito. Y en su mismo centro pone su bienaventuranza. “Bienaventurados los que crean sin haber visto”:

a) *Porque efectivamente sus discípulos –y nosotros con ellos– “no vemos”*. Si diéramos la vuelta a nuestros tres días juntos aquí en Loyola, podríamos decir que estamos preocupados por un mundo que se nos presenta quebrantado y roto por tanta frontera entre los seres humanos; por un mundo que se quiere comprender sólo desde él mismo y no desde Otro mayor que él; por la escasez de compromisos existenciales por los otros y para siempre. Así es: *no vemos*. Ni siquiera en su bienaventuranza, el Resucitado nos minimiza la oscuridad de la historia.

b) *Pero nos anima a creer*. Creer no es negar, ni suavizar. La fe no es ciega, sino lúcida. La fe no es narcotizante, sino espabilada. No creemos *a pesar de* este mundo. Creemos *desde y dentro* de este mundo. Nuestra fe nunca nos desvía nuestra mirada y la aleja de cuanto está delante de resistencia al amor. La fe lleva nuestros ojos a eso que los invita a apartarlos. Dios está detrás de la necesidad del ser humano. Por eso, creer es tan difícil: supone pasar primero por un *no-ver* y, en ese *no-ver*, descubrir que Dios es capaz de cruzar las puertas cerradas y señalarnos que justamente este mundo –¡nunca otro distinto e ideal!– está esperándonos para transformarlo.

Este Encuentro de Provincia, si Dios así lo ha querido, puede que tenga parte de la experiencia de Resurrección. Nos debería haber ayudado a crecer estrictamente en eso que la novena bienaventuranza estima tanto: *en el don de creer aquí y ahora, en el contexto de esta sociedad que protagonizamos todos los días, en un tiempo de fronteras y de silenciamientos a Dios, en la aridez de los síes definitivos y desubicadores*. Si en medio de ese no ver sentimos que es posible creer, entonces estemos alegres al final de nuestra convivencia en Loyola: hemos sido bienaventurados.